

Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

**Martinico Ventosa**

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Venid acá, forasteros de mi alma; venid acá y dejaos guiar por mí, que á fe no ha de pesaros. Llegad conmigo á donde llevaros quiera, y vereis como os divertis. Ea, andando.

¿Veis esa torre tan grande y tan torcida, con ese arrebatador mirinaque? Veis que vieja es? Pues es la *Torre-nueva*; nada menos que la *Torre-nueva*, mandada levantar por el Cid Campeador, y construida por la familia del Zebedeo; no hay nada mas elegante.

¿Veis... pero yo principio por donde debo concluir, y esto no hace al caso. Yo debo comenzar por daros la bienvenida. Oh, sí; bienvenidos seais los de Caspe y Lumpiaque, los de Cabra y Montalban, los de Aguaron y Bujaraloz, los de todos los pueblos que nos rodean. Vosotros, los que habeis trabajado todo el año para venir á llenarnos las calles de cortezas de melon y de otras frioleras, acudid á la plaza del Pilar y la vereis transformada; id al teatro y oireis un cacho de ópera.... *menudo!*

Llegaos despues á la taberna y pretendid sentaros en medio de la calle; nequaquam, caballeros; ya se pasó aquel tiempo!

Acudid á los toros y... mucho ojo con romper los bancos y los banquillos; porque si no habrá palos; pues no faltaba mas.

Pero ya sabemos por acá que no hareis tal cosa. Ya tenemos entendido que antes de entrar en la ciudad os lavareis las manos, los que las tengais puercas y os *pulireis* y comprareis cuatro *cuaernas de formalidá*.

Entrad sin miedo; en Zaragoza se os aguarda como á un batallon de Mesías: y no hay tendero, baratillero, especulero, ni fullero que no esté soñando con vuestros cuartos.

Ya sabeis que

para ser caballero

se necesita

un par de pantalones

y una levita.

Pues bien; si en lugar de levita os plantais un gaban napoleónico, sereis aun mas que caballeros.

No temais quedaros sin billete en el tren, diligencia ú otro cualquiera vehículo; y si tal sucediere, aplicad el sistema aquel, que no ha mucho vino en todos los periódicos: pegaos á la espalda tantos sellos de franqueo como peseis, y un letrero que diga *poste pagado*, y estad seguros de que, al pasar por la puerta de Santa Engracia, no han de clavaros el pincho aquellos que fuman en el banquillo.

Los que tengais hijas y las traigais merecereis bien de la patria; y si las dejáreis por acá merecereis bien y medio. Pero no dejeis de venir ninguno, los del Alto y del Bajo Aragon. Los altos para verme á mí, que tengo siete pies (como las moscas) y los bajos para ver á García y los de las zaragozanas.

Y por último, bienvenidos sereis si traeis dinero que gastar, ganas de divertiros, afán de decir que esto es un vergel, propósito de volver siete veces cada semana y empeño decidido de suscribir á *El Duende* á todos los pueblos de la provincia. Salud y gracia. Abur.

—
Don Severo.

¿Conocen ustedes á don Severo Controversias? ¿No? Lo siento, porque es un excelente sugeto. ¡Tan rígido, tan timorato, tan amable al mismo tiempo!

Coso abajo iba ayer mañana, hirviendo en ira, bramando como un toro, morado su semblante como una berengena, y echando mas chispas sus ojos que una locomotora.

—No me detenga usted, amigo Ventosa; voy como

alma que la lleva el diablo.

Así me dijo al ver que yo le salía al paso.

—Por Dios, don Severo, tranquilícese usted. Le dije.

¿Qué grave suceso produce la irritación que en usted advierto?

—Esa y otras son la causa de que no llueva. ¡Como ha de llover...!

—Pero hombre ¿qué habla usted de no llover, si están ahogándose los Pirineos? Díganlo Barcelona, Santander, Bilbao; díganlo...

—Lo mismo da; por eso llueve tanto, y truenan y caen rayos y centellas.

—¡Santa Bárbara bendita...!

—Y el mundo concluye en medio del mas espantoso cataclismo.

—Hable usted, hable usted por Dios, que estoy temblando como la hoja en el árbol. ¿Qué sucede, señor Controversias?

—Un horror, una abominación, un escándalo inaudito. ¡Ah! ¡Cuánto echo de menos el Santo oficio! ¡Felicices tiempos aquellos!

—Sepamos, sepamos...

—¿Ha visto usted, señor Ventosa, las nuevas fuentes?

—Sí, señor.

—¿Y todavía vive usted?

—Hombre, me parece que sí.

—¿Ha visto usted, sin conmoverse, sin escandalizarse, sin poner el grito en el cielo, la de la casa de las monjas?

—La he visto; y, por cierto, que la encuentro muy bonita.

¡Bonita!!! ¡Bonita llama usted á una mujer desnuda!

—No lo está tanto que así ofenda al pudor.

—¿Donde se ve licencia semejante?

—En todas partes. En los jardines, en los museos, en las plazas públicas; en Londres, en París, en Roma mismo: en todos nuestros sitios reales hay estatuas, grupos, obras maestras del arte, expuestas, no á las miradas de la malicia, sino á las del estudio; que no excitan las pasiones; sino que sirven de ornato y marcan la cultura del país que las posee y las expone.

—Londres, París... protestantes, judíos...

—¿Ha estado usted en Tudela?

—Sí, señor: cuando las fiestas de Santa Ana.

—¿Visitó usted su catedral?

—No, señor; no tuve tiempo.

—Es lástima; porque hubiera usted visto en su portada alguna cosa mas digna de censura que nuestra sencilla fuente. ¿Y en Italia ha estado usted?

—Tampoco: nada tengo yo que ver con los italianos.

—Pues mire usted, en ese país eminentemente católico, aparte de sus museos y galerías, se ven por todas partes estatuas desnudas, representando á Venus, á Ceres, á Apolo, á Hércules, etc. etc. En Italia se encuentran estatuas y grupos de mujeres desnudas, en los jardines, en los palacios, en las iglesias...

—¡En las iglesias! Imposible, señor Ventosa, imposible.

—Poco á poco, señor Controversias; poco á poco, que yo no invento. Hay en Italia una ciudad que se llama Siena; esta ciudad tiene un hermoso monumento, una magnífica catedral, de mármol negro y blanco, una de las mas grandiosas fábricas de arquitectura gótica que se conocen. En su pavimento hay diseños y mosaicos hermosos, que ofrecen á los ojos del observador figuras desnudas, y no de vírgenes ni de santos, *que ponen no pocas veces en confusión á los curiosos.*

—¿Y eso se encuentra en Siena, dice usted, en Italia?

—Sí, señor; y aun se encuentra algo mas. En dicha catedral hay una sacristía, que contiene una magnífica colección de misales romanos; se admiran en ella pinturas al fresco atribuidas al famoso pintor de Urbino, y se alza en su centro una cosa que, sin duda alguna, asombrará á usted. Sobre un esbelto y elegante pedestal y en graciosísima composición se admira un grupo antiguo de las tres Gracias, ejecutado en mármol blanco y presentando hermosas figuras en completísima desnudez. Ni el mas leve ropaje, ni una hoja de parra ha colocado el escultor sobre su obra, y esta se halla en Italia, en una catedral, en el centro de una sacristía.

—Pero, señor Ventosa, y eso es cierto?

—Venga usted conmigo, y en mi casa podrá usted ver una buena copia de la catedral, de la sacristía y del grupo.

Don Severo aceptó la oferta. Le mostré lo ofrecido; y mi hombre, abriendo cada ojo como un plato, exclamaba, «hermosas, soberbias, divinas...» y se le hacia la boca agua. De pronto cogió su sombrero, volvió á tomar su aire compungido y dijo marchándose:

—Insisto en mis trece: la estatua de la fuente es escandalosa.

Le ví alejarse y quedeme pensando que el número de los don Severos, de los Tartuf, de los hipócritas aumenta deplorablemente en nuestra sociedad. ¿Será para bien ó para mal de esta? El tiempo lo dirá: entre tanto mucho temo que sea lo segundo. Digamos como el almanaque:

«Dios sobre todo.»

Yo me divierto.

Sainete heróico,

PERSONAJES.

RUFINO.—RUFINA.—RUFINICO y demás personajes que sean necesarios.

ESCENA I.

A la vista de la estación de Navarra.

RUFINICO. . . . Ya llegamos, Rufinica.

RUFINA. . . . Jesus, que pronto, Rufino!

RUFINO. . . . Vaya un viajar; ¡qué camino!

Esto es sorprendente, chica.
Nos vamos á divertir...
Ya verás ¡oh! ya verás.
Cien años te acordarás...

RUFINA. . . . Al freir será el reir.

(Han llegado á la estacion; bajan de los coches; y al buscar la salida la encuentran obstruida por un enjambre de.. ciudadanos, que con destemplados gritos acosan á los viajeros.)

CIUDADANO 1.º En la fonda del Clavel
Se da gratis hospedaje. . .

CIUDADANO 2.º Yo cuido del equipaje. . .
Suba usted al coche aquel.

CIUDADANO 3.º Al Universo. . .

CIUDADANO 4.º No: á Europa. . .

CIUDADANO 5.º Fonda de Cuatro Naciones. . .

CIUDADANO 2.º Caballero, los talones,
para recojer la ropa.

CIUDADANO 6.º Se alquilan cuartos baratos. . .

RUFINO. . . . Pero, señor, que trasiego. . . !

RUFINA. . . . ¿Dónde está el chico?

RUFINO. . . . Reniego. . . !

VARIAS VOCES Al coche.

RUFINA. . . . Adios, mis zapatos!

(Entre el polvo y la gresca, sudando y tirando de Rufina y ésta de Rufinico, suben nuestros héroes á un carruaje. Donde caben seis van doce; pero como se está de fiesta todo divierte.)

ESCENA II.

(En un cuarto de dos varas en cuadro, oliendo á rancio y á húmedo, con escelentes vistas á un patio, una cama para el matrimonio y un sofá para el chico, se hallan hospedados Rufino, Rufina y Rufinico.)

RUFINO. . . . No hay quien un buen cuarto halle.

RUFINA. . . . ¿Comodidades son estas...?

RUFINO. . . . Hija mia, estás de fiestas.

Viviremos en la calle.

(Salen los tres, dispuestos á aprovechar bien el dia.)

RUFINO. . . . Voy á tomar los asientos
para el teatro.

RUFINA. . . . Aquí espero.

RUFINO. . . . *(Llamando en la taquilla del teatro.)*
Tres butacas.

EL COBRADOR. Caballero,
se han vendido.

RUFINO. . . . Esos son cuentos.

EL COBRADOR. Es la verdad.

RUFINO. . . . Pues me pesa. . .
Las tomo para mañana.

EL COBRADOR. Tampoco hay.

RUFINO. . . . ¡Suerte tirana!

¿Se puede hablar con la Empresa?

(Rufino sale del teatro, con mal gesto; cuenta á su esposa el lance: ésta se arranca un pelo, despechada.)

RUFINA. . . . Es preciso, á lo que veo,
renunciar á tal funcion,

RUFINO. . . . Pues vámonos al salon.

RUFINICO. . . . ¿A qué salon?

RUFINO. . . . Al paseo.

(Se dirigen á la calle de la Independencia, donde, á guisa de independiente, hace el viento de las suyas, y no deja que se pasee la gente.)

RUFINO. . . . ¡Santo Dios, qué torbellino!
¡Cuanto polvo!

RUFINA. . . . No se vé. . .

Vámonos pronto, Rufino.

RUFINO. . . . Donde tú quieras. . . Yo trino.

RUFINA. . . . Pues vámonos al café.

(Se dirigen nuestros personajes al café Suizo; después al Aragonés, y al Universal, y á la Iberia y. . . recorren todos los de Zaragoza sin poder conseguir sentarse ni que les sirvan; tal es la confusion y barullo que reina en dichos establecimientos.)

ESCENA III.

LOS FUEGOS ARTIFICIALES.

(Rufino, Rufina y Rufinico, estrujados, prensados y sudando la gota gorda alargan la geta para ver arder las candelas romanas, pero por mas que se empujan sobre la punta de los pies, no pueden conseguirlo.)

RUFINA. . . . ¡Qué calor! yo me sofoco....!

RUFINICO. . . . Quiero ver las ruedecicas.

RUFINO. . . . Es imposible.

RUFINA. . . . Rufino:

levanta al chico, que grita.

VARIAS VOCES. ¡Qué bonito!!!

RUFINA. . . . No lo veo...

levántame en alto.

RUFINO. . . . Chica;

si pesas tantó...

RUFINA. . . . No importa.

RUFINO. . . . *(Llevando en brazos á Rufina, que sostiene á su vez á Rufinico.)*

Ya te levanto, Rufina.

Habrá mayor... avestruz...!

Y pesan mas que una encina.

RUFINA. . . . Tampoco veo.

RUFINICO. . . . Yo sí.

UNA VOZ. . . . Que hagan callar á esa arpia.

RUFINO. . . . ¡Cómo se entiende! Insolente.

EL DE LA VOZ. Cállese usted.

RUFINO. . . . Ya me irrita.

Si no fuera por...

EL DE LA VOZ. Por qué?

UN PILLETE. . Formemos corro, que hay riña.

RUFINA. . . . Grosero.

RUFINICO. . . . Canalla.

RUFINO. . . . Aguarda.

EL DE LA VOZ. Voy á zurrar tus costillas.

(Alarga un torniscon á Rufino y lo recibe un curioso que se pone por medio; este dá con su cuerpo sobre Rufina; Rufina chilla y araña; Rufino dá y recibe con usura; el chico llora; los perros ladran, y la luz de bengala ilumina la escena.)



—Mía, mía, chiquio.....; Qué hermoso es esto!

—Arrea al abrio, que llegamos tarde.

—Como conocen que soy alcalde....

—Por eso nos miran y se rien.



—Alabao sea Dios, y aquí estamos toos.

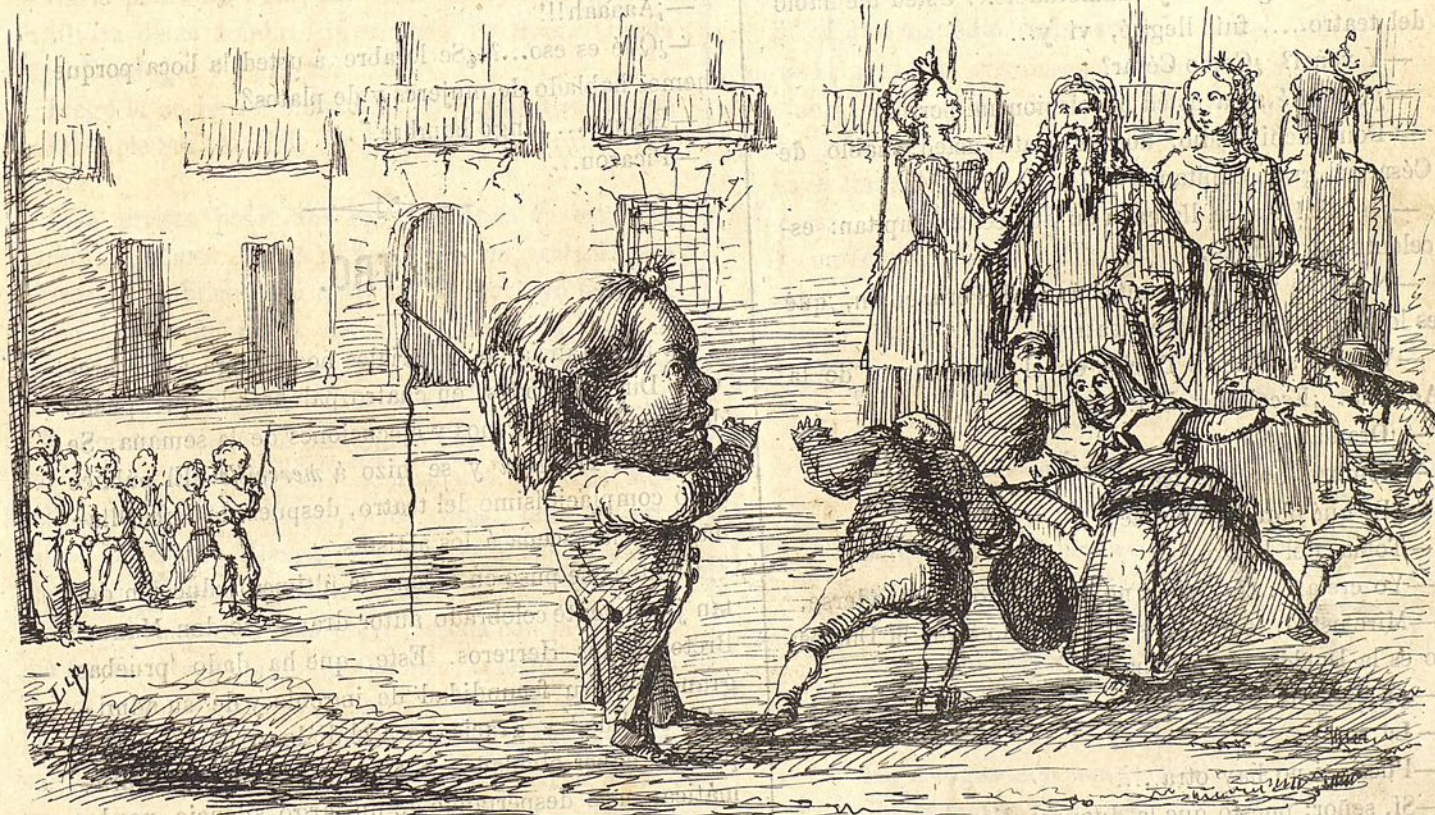
—¡Dios de Israel, qué irrupcion és esta?

—Traimos mostillo, judias y un pollo.

—Y no venimos mas que por quince dias.



—Agarraisus bien, que hay mucha gente.
 —Colasica ¿Te gustan esos cuencos?
 —Mucho... pues y las lanternas....!
 —Too, too está mu divino.



—Alma negra, vinagre, chun chun.
 —¿Que ice este cabeza gorda?
 —Otra, que le des pa beber.
 —Chiquio ¡qué cabezaazo!!!!

ESCENA IV.

(*Rufino, Rufina y Rufinico se dirigen, sícios, tristes y ensangrentados, hacia una fuente de vecindad.*)

RUFINO. . . . Por fin llegamos. ¡Malhadada suerte!
Nuestro pobre pimpollo causa horror.

RUFINA. . . . Le han herido...

RUFINO. . . . ¡Infeliz! ¿Te duele mucho?

RUFINICO. . . Me han hecho en el cogote un BOLLO atroz.

RUFINO. . . . Ven y te lavaremos.

RUFINA. . . . ¡Ay, qué día!

¡Y á esto llamarás luego diversion?

RUFINO. . . . Calla, que harto me duele.

RUFINICO. . . . Y á mí mucho.

RUFINO. . . . Silencio, y apretemos el boton.

(*Rufino hace esfuerzos desesperados é inútiles; la fuente está descompuesta.*)

RUFINICO. . . No cae agua...

RUFINA. . . . Señor, ya no resisto.

RUFINO. . . . Solo esto nos faltaba.

UU GRANUJA. . . (*que desde lejos ha estado observando la escena, y que momentos antes ha introducido un puñado de piedras y tierra por la boquilla de la fuente.*)

¡He sido yo!!!!

CAE EL TELON.

Los mismos.

—Inés, Inés tu corazón es mio!

—¿Qué es eso, vecinito, declamamos?

—¡Ay, amigo! Estoy enamorado.... Usted me habló del teatro.... fui, llegué, ví y...

—Y vencí? ¿Como César?

—¿Y á qué saca usted á colacion mi perro?

—Don Cachipundio, no disparate usted: hablo de César, el gran Capitan.

—¡Infeliz! Así se llamaba su antecesor; Capitan: escelente perdiguero.

—No se le puede aguantar á usted. Pero, en fin, ¿qué es lo que usted vió en el teatro?

—Vi el brazo de la Duclós en el acto cuarto de la Adriana. ¡Escelente obra!

—¿Dramática?

—Hombre, no: plástica.

—¿De qué obra habla usted?

—Toma, del brazo.

—Yo creía.... con usted no hay medio de entenderse.

—Mire usted, lo que mas me estraña es que la Duclós no es la Duclós en Adriana.

—¿Y qué Duclós es esa?

—La actriz.

—Pues, si no hay otra....

—Sí, señor; puesto que la duquesa dice ser partida-
ria de la Duclós, y la Duclós es Adriana: luego hay
otra Duclós.

—¡Vaya un lío!

—Por eso digo que en Adriana la Duclós no es la Duclós.

—Justo, es Adriana.

—No nos entendemos.

—Vuelvo á mi cuento. ¡Qué brazo aquel!

—Ya.

—¿Si los usarian así en Vergara?

—¿Y á qué viene eso!

—Toma, por lo del abrazo; qué buenos brazos debie-
ron ser los que dieron abrazo tan ponderado.

—Silencio, don Cachipundio, que nos oye el fiscal:
eso huele á política.

—Mire usted, ese es mi fuerte. Tengo fama de po-
lítico en extremo, y procuro no faltar á nadie y ob-
servar las leyes de buena educacion con todo el
mundo.

—¿Y qué le parece á usted del galan?

—¡Ooooooh!!!

—¿Qué es oooh!!?

—Que me gusta, hombre, que me gusta.

—¿Y la dama jóven?

—Muy guapa; pero...

—Qué pero... no se detenga usted.

—Pero me gustan mas los capones trufados.

—Vaya un desatino.

—Justo: y el buen vino.

—Anda, anda, ya comienza.

—Por que ha de saber usted que al oir la historia
del banquete del Domingo me entusiasmé.

—Es natural, el objeto era digno.

—Qué objeto ni qué pepinos: lo que me entusiasmó
fueron los platos.

—¡Aaaaah!!!

—¿Qué es eso...? ¿Se le abre á usted la boca porque
hemos hablado de mujeres y de platos?

—Porque... tengo hambre.

—Picaron...

TEATRO.

La abundancia de materiales nos obliga á ser bre-
ves. Diremos, pues, en cuatro palabras lo que puede
decirse de los estrenos y ejecuciones de la semana. Se
estrenó el *Hernani* y se hizo á *merveille*. El público
salió complacidísimo del teatro, despues de haber lla-
mado á la escena á los artistas.

El lunes se puso en escena la última produccion del
tan justamente celebrado autor dramático don Manuel
Breton de los Herreros. Este, que ha dado pruebas
grandes de su fecundidad de ingenio y de su admi-
rable facilidad y gracia para el diálogo de sus obras,
parecia haber olvidado su aficion á la literatura dra-
mática; mas despertando de un largo silencio, nos ha
presentado *La hermana de leche*; comedia en tres
actos en verso.

Nada diremos de su argumento, porque poco ó na-
da puede decirse de él. Débil y reducido por extremo,

apenas hubiera podido desarrollarlo en dos actos otro autor que no hubiera sido el Sr. Breton; pero éste, con su fluida versificación y sus chistes siempre nuevos, lo ha hecho durar hasta tres, sin que el público se canse. Somos de la opinion que fueron muchos periódicos de la corte, cuando la obra se estrenó. Debe dispensarse cuanto tenga la obra de defectuoso, en obsequio á un autor tan fecundo y bien reputado.

En cuanto á la ejecucion, como que la obra es sencilla y fáciles de interpretar los caracteres de sus personajes, los actores tuvieron que poner poco de su parte. La señora Duclós hizo regularmente su papel; y el señor Guerra le dió todo el colorido que requeria: los demás bien.

El proverbio del Sr. Santisteban *Para dos perdices dos*, es delicioso; y desearíamos verlo repetido; para oír otra vez los facilísimos versos de sus chispeantes escenas.

La ejecucion fué regular. El Sr. Aguirre, á nuestro parecer, debe adquirir mas soltura, y no presentarse á veces tan frio en papeles que requieren algun cuidado.

El tío Martin, ó la honradez, fué el drama elegido por el Sr. Guerra para la noche del martes; y á la verdad lo interpretó admirablemente. Vimos al padre, ora irritado contra su indigno hijo, ora agoviado bajo el peso de las revelaciones de la conducta de aquel; pero todo hecho con tal propiedad, que nada nos dejó que desear. Los demás actores le ayudaron bastante bien en el desempeño de la obra. La simpática actriz señora Calmarino, se hallaba algo indispuesta; lo cual sentimos sobremanera.

En la pieza *El Peluquero en el baile*, estuvieron á la altura de su nombre de actores los Sres. García (don Domingo) y Parreño.

Llegó la noche del miércoles. en la que hizo su debut la tiple Sra. Marini, con la ópera de Verdi, *Traviatta*.

Esta artista posee una voz simpática en extremo, clara, armoniosa. En la parte de *Violeta*, satisfizo los deseos del público; y si la ópera no concluyó tan bien como habia principiado, nadie tuvo la culpa mas que el señor Piccinini; artista que podia muy bien sacar partido de su hermosa y estensa voz, y no adelantarse á la orquesta, como por costumbre tiene, introduciendo así la confusion entre sus compañeros. El señor Morelli nada dejó que desear; y los coros, tanto en esta ópera como en *Hernani*, trabajaron á conciencia, y como pocas veces les hemos oído.

Sentimos concluir esta breve reseña con la del drama del Sr. Rubí *Isabel la Católica*, puesto en escena la noche del viernes. Lo sentimos, porque en vez de los elogios que esperábamos tributar á los actores encargados de su ejecucion, solo podemos darles amarga censura.

Haciendo una justa escepcion de los señores Parreño, Garcías y Compte, los demás estuvieron muy lejos de llenar sus respectivos papeles. La señora Duclós vistió con lujo, en algunos actos exagerado; pero no nos

presentó á la primera Isabel: y salvó alguna que otra escena, en las que se acercó un tanto al carácter del colosal pesonage que representaba, en el resto del drama careció de dignidad, estuvo fria, y los mismos esfuerzos que hacia para llegar á poseerse de su papel, la alejaban mas y mas, perdiendo su aplomo y destruyendo completamente el buscado efecto.

El Sr. Guerra tampoco estuvo á la altura de su mérito y de lo que su parte exigia. Vistió impropriamente; y ni aquella cabeza era la de Colon, ni el pobre navegante genovés vestía raso cuando se presentó pidiendo un pedazo de pan para su hijo en el convento de la Rávida, ni mucho menos años adelante en el palacio de los reyes católicos. ¿No ha visto el Sr. Guerra los retratos del descubridor del Nuevo Mundo, del loco, como le llamaban en Santa Fé y bajo los muros de Granada? Contaba entonces poco mas de cincuenta años; y su cabello lacio era canoso, que no enteramente blanco. Estrañamos en tan entendido actor estas faltas imperdonables.

El Sr. Aguirre, tímido y frio; los demás actores deben agradecerlos que pasemos sus nombres en silencio.

En la direccion observamos: en la primera jornada, cuya escena pasa en el alcázar de Segovia, una decoración árabe: en cambio en la cuarta, que debe ser un salon árabe de la Alhambra, vimos una decoración gótica; y la misma, mismísima decoración sirvió para representar la cámara del rey en el antiguo palacio de los condes de Barcelona. ¿Qué es esto? ¿No hay ya decoraciones en nuestro teatro? ¿Qué impropiedad! ¿Qué descuidos!

El público aplaudió varias situaciones del drama; y algunas palmadas premiaron los denuestos que el autor lanza, con escésiva dureza, á los aragoneses. ¿Qué amor pátrio ó, mas bien, qué inteligencia!

La entrada un lleno; así deseamos muchos á la empresa.

Y con esto damos punto hasta la semana próxima. *Dixit.*

Chismes fenomenales.

Al indecente Neptuno.

Que le busquen unas calzas,
porque es impúdico asaz,
que así desnudo se muestre
su acuática magestad;
y se resiente el pudor
y la pública moral
ver en cueros á un señor
tan rozagante y tan... tan...
Rodeado está de sastres:
aquí Ulled, Paules allá.
De este lado está Escanero,
y Perez y Bernesal,
y Luna tambien, y Peña,

y.... mientras tanto él está aun sin camisa, y se puede el pobre dios constipar. Háganle unos zaragüelles, una levita, un gavan, diez pares de pantalones, cuatro chalecos, un frac, una corbata de anilla, que Saviron cerca está; y al mirarle los *foranos* vestido, no exclamarán devoti-escandalizados, «oh! ah! ih! of! uf! if! af! que le pongan calzoncillos, porque ofende á la moral que así, desnudo, se muestre su acuática magestad.»

Don....

Segun pública voz, un célebre literato, conocido por sus grandes estudios hechos sobre la historia romana, trata de dar en su casa, en el presente invierno, algunos tees literarios. Se le atribuye la idea de querer llevar á cabo la fundacion del *Casino de los Sábios*, cosa que tanto dió que hablar en otro tiempo; y no hay para qué: sobre todo, si se nombra presidente fundador á nuestro hombre; que, sabido es, aspira al modesto título de regenerador de la literatura en Aragon.

Un poco de bombo: Chin, catachun; catachun chun chun.

Estrangero.

La paz mas completa reina hoy dia en los Estados Unidos, gracias á un bando y á un error de imprenta.

Habiendo publicado un bando [los dos partidos en el que se decia que se blanquearan todas las fachadas para evitar emboscadas, el impresor, inadvertidamente, puso *fachas* en lugar de *fachadas*. Aquí fué ella: á las pocas semanas todos los negros eran blancos; los infelices, al ver su *facha*, comprendieron que les comprendia de medio á medio el bando y se blanquearon. Hoy no se halla un negro en toda la América del Norte. Davis y Lincool han lanzado un !Ooooooooooh! espantoso; y como ya no hay motivo, se han suspendido las hostilidades.

¡Qué fenómenos cria la naturaleza!!!!!!!!!!!!

Que se quiten.

Tenemos que dar cuenta de unos chismes de *primo cartello*; de unos chismes cual puede haber otros; de unos chismes nuevos: de unos chismes muy lucidos. Estos chismes son los quinqués que se han colocado hace algunos dias en las delanteras de las plateas de nuestro teatro. ¿No es verdad que son una especialidad? *Martinico* ha encargado á Liverpool un par de

cargas para alumbrar en su entierro cuando se muera.

Nueva medida.

- En la calle de D. Jaime I se enseña una leona marina de *catorce arrobas y doce palmos de larga*. Ajustame esas medidas.

Otro cartelito.

En la misma calle hay un «Almacen de espíritus.» *El Duende* piensa ir á buscar un par de docenas para estar espiritudo. ¿Si estarán allí los de Hume, Gonzalo de Córdoba, y otros nenes por el estilo? Lo mas probable será que estos espíritus sean *devinos*. Aviso á los altos funcionarios de la nacion. ¡Si lo supiera el festivo Palacio!

Obra dramática.

Sabemos que tiene *in capite* la empresa del teatro el proyecto de poner en escena un drama ó *cosa* de grandísimísimo espectáculo. Hay quien opina que será la *Batalla de Trafalgar* ó el *Incendio de Roma*; si Nelson ó Neron, que los dos comienzan con N. Suponemos que la empresa optará por el primer espectáculo. Aprovechando la circunstancia del transporte por el ferrocarril de Barcelona, podría traer un cacho de Mediterráneo; y hoy, que los navios de maderá se dán de baja, seria fácil adquirir algunos por unas pocas *cuaernas*.

Duro en ellos.

El Duende quisiera muchas veces ser basilisco para poder matar con la vista á ciertas y determinadas *personas*, si este nombre merecen.

El dia..... el dia no hace al caso, vió *Martinico* á una porcion de chiquillos entretenidos en llenar de barro la estatua de la fuente de la casa de las Monas.

Aquella misma noche, los que se entretenian no eran chiquillos, eran hombres hechos y derechos; (¡y tan derechos como estaban!) ¿Se puede ver mas barbarie? Hombre, que les peguen 32 tiros por la espalda, que otra cosa no merecen.

Idem.

Y ya que de fuentes hablábamos, no podemos menos de suplicar á la autoridad que no descansa hasta llevar á un presidio, (á un presidio, sí señor) á todo bruto que se entretenga en hacer daño sin mas objeto que su diversion. Parece increíble que se lleve el progreso al extremo de aplicarlo á la brutalidad! Porque la verdad es que, entre los escándalos del teatro en noches pasadas, y las barbaridades de estos dias en los pilones de las fuentes, el vulgo de Zaragoza demuestra que progresa en..... Otro dia continuaremos.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862